

JOSE M. TORTOSA

La explosión de los nacionalismos

La actual oleada de explosión nacionalista encuentra su explicación en varios factores. Por un lado, nos encontramos en una fase de recesión económica en la que el nacionalismo étnico o lingüístico tiene sentido, entre otras razones, como forma de intervenir en el mercado de trabajo a favor de los propios. También el hecho de asistir al fin de un ciclo de hegemonía exacerba el nacionalismo de las potencias centrales y alienta los secesionismos e irredentismos. Por si ello fuera poco, en la sociedad post-industrial el tamaño ya no es tan importante para la consolidación de una economía nacional. La globalización y sus efectos homogeneizadores producen, asimismo, acciones defensivas a favor de la propia identidad.

José María Tortosa es profesor de Sociología del Desarrollo en la Universidad de Alicante.

Si algún fenómeno es ahora global, ese es, sin duda, el nacionalismo. Pero no es que la globalización produzca la actual explosión nacionalista. La globalización, aunque tenga un papel central, no lo explica todo. Habría que discutir, además, el peso de la etno-historia de cada comunidad para explicar las peculiaridades de cada zona, los casos de supervivencia étnica, los casos en que casi se inventa la nación, las particularidades que llevan a la violencia y las que no y así sucesivamente. Pero aquí el asunto se plantea en la otra dirección: cómo algunos fenómenos generales afectan al surgir de los nacionalismos.

La discusión sobre el origen de las ideas y prácticas nacionalistas no está cerrada. Unos lo sitúan en Inglaterra y otros en Francia. En cambio hay acuerdo en que se trata de un fenómeno moderno que surge al tiempo que el capitalismo hace su aparición. 1789 puede ser la fecha simbólica que marca la consolidación del principio nacionalista: con el rey muerto, la soberanía deja de residir en él para residir en el pueblo; con el triunfo de la razón, hay que buscar alternativas a la religión como cemento de la sociedad. Al mismo tiempo, los ejércitos, que habían sido mercenarios o voluntarios, pasan a estar formados por conscriptos: ya no serán los soldados del rey, sino que los ejércitos estarán compuestos por *les enfants de la patrie* a los que hay que convencer de lo dulce que es *pro patria mori*.

Finalmente, las nuevas necesidades de financiación de los estados refuerzan sus estructuras con lo que la necesidad de legitimación aumenta también. El mer-

A lo largo de su historia, el sistema capitalista presenta ciclos de hegemonía, fruto de las rivalidades entre las potencias mundiales por ocupar el puesto central.

cantilismo, al final, será el gran instrumento de construcción de un estado nación que necesita, como indica Gellner, de una cultura (lengua) común para responder a las nuevas exigencias de la sociedad industrial. El resultado es que si en Europa había unos 500 estados en torno a 1500, a mitades del siglo XIX sólo hay un centenar.

El primer nacionalismo, el nacionalismo democrático, como lo llama Hobsbawm, tiene como resultado que el número de estados disminuya hasta llegar, en 1890, a sólo 29 estados en Europa. Al mismo tiempo, se produce la oleada de nuevos estados en América Latina, fruto, entre otros factores, del colapso del imperio español y de la difusión de las ideas de la Revolución Francesa. La expansión imperial napoleónica habría tenido que ver tanto con las revoluciones americanas como con la reacción nacionalista en los países ocupados.

A lo largo de su historia, el sistema capitalista presenta ciclos de hegemonía, fruto de las rivalidades entre las potencias mundiales por ocupar el puesto central. En general, la fase de rivalidades supone también un período de nacionalismos estatales que suele ir seguido por un rechazo a los excesos nacionalistas que encubre el hecho de que la potencia hegemónica ya no es objeto de fuertes desafíos. Sin embargo, cuando dicha potencia entra en fase de deslegitimación o decadencia y los retos de los rivales se hacen otra vez fuertes, se produce un auge de los secesionismos e irredentismos que, en buena parte, han comenzado como reacción a la presencia imperial.

También parece que pueden observarse ondas económicas, períodos de expansión seguidos de recesión de forma relativamente regular. En las épocas de crisis, las tendencias estadocéntricas y mercantilistas se hacen más visibles mientras el nacionalismo se utiliza, entre otros propósitos, como mecanismo de control del empleo visto como bien escaso. 1896 y 1939 serían dos fechas bien significativas a este respecto.

Ya en este siglo, las guerras entre países centrales de 1914-1946 suponen el triunfo del nacionalismo estatal en la medida en que zanjan la decadencia británica e introducen un nuevo ciclo de hegemonía, el de Estados Unidos. En esa misma época, el wilsonianismo y el leninismo propusieron para el Tercer Mundo, de forma antagónica, un programa que, a la postre, consistía en el derecho a la autodeterminación de los pueblos, transfiriendo las ideas del estado nación al resto de las antiguas colonias a las que, hasta entonces, se les había negado hasta el derecho a su propia historia.

El principio del estado nación (cada estado debe estar compuesto por una nación homogénea), que nunca se cumplió para más de una docena de países centrales, fue dejado de lado a la hora de trazar las fronteras de la descolonización. Esta se hizo pensando más en las metrópolis que en los territorios que alcanzaban la independencia. Si hacía falta dividir una nación en varios estados, no se dudaba en hacerlo.

El año 1945 marca, entonces, el comienzo de la hegemonía de Estados Unidos, que podría simbolizarse con las bombas en Hiroshima y Nagasaki. Y es 1945 también el comienzo del nuevo proceso de descolonización, consecuencia lógica del principio de autodeterminación. Finalmente, en este año comienza la Organización de Naciones Unidas (ONU) mientras el Acuerdo de Bretton Woods ya tiene un año.

En la actualidad el sistema ha alcanzado su máximo de expansión y ya ocupa el mundo entero. Es el primer sentido de la palabra globalización. Al mismo tiempo, Estados Unidos se encuentra en un momento de deslegitimación política y es objeto de rivalidad económica, aunque aún goce de la primacía militar. En ese contexto se produce la globalización en el segundo sentido de la palabra: los mercados financieros se hacen globales, aparentemente con una autonomía frente a los gobiernos que haría pensar que el poder mundial ya no se juega en el sistema interestatal. Sin embargo, en el proceso los británicos (antigua potencia hegemónica), los estadounidenses (todavía hegemónicos) y los japoneses juegan, como estados, un papel muy importante. No deja de ser paradójico que una globalización que hace perder soberanía (*sovereignty at bay*) a los estados en general, sea promovida por algunos de ellos o, para ser más específico, por una parte de sus clases dirigentes y, ciertamente, no de forma ingenua. Finalmente, la actualidad viene todavía marcada por el colapso de la Unión Soviética.

La actual explosión nacionalista

Hoy asistimos a una explosión nacionalista. En concreto, el número de movimientos etnopolíticos no violentos se duplicó entre 1960 y 1990 mientras que los violentos se cuadruplicaron llegando, entre unos y otros, a más de 200 en la actualidad; el nacionalismo religioso cristiano, hinduista, budista o islámico se convierte en un notable fenómeno mundial y el papel de la *Christian Coalition* y similares en las elecciones presidenciales de Estados Unidos, en 1996, no es ajeno a esta tendencia; los esfuerzos secesionistas importantes son una veintena y otros tantos son los casos importantes de irredentismo, todo ello sin contar los casos menores o los derivados del colapso del régimen en los antiguos países del Este de Europa; el número de estados vuelve a aumentar en Europa hasta los 50 de la actual Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa, con posibilidades de seguir aumentando como resultado de ulteriores desmembraciones en la antigua Unión Soviética, de la independencia de Cataluña o el País Vasco en España, o de Escocia en el Reino Unido y de la separación de la Italia del Norte y la del Sur como pide la Liga Lombarda y la de flamencos y valones, en Bélgica. El referéndum del Québec en octubre de 1995 se encuentra en esta línea.

Es obvio que no todos estos fenómenos son iguales: ni todos son violentos, ni toda la violencia puede ser achacada al nacionalismo, como puede verse en la ex Yugoslavia.

Si algo prueba este rápido recorrido histórico es que los nacionalismos han ido apareciendo en sucesivas oleadas no siempre motivados por los mismos factores. De hecho, la actual explosión de nacionalismos, lo es porque se combinan factores diferentes. Tenemos, en primer lugar, una fase B de las llamadas ondas Kondratieff en la que el nacionalismo étnico o lingüístico tiene sentido, entre otras razones, como forma de intervenir en el mercado de trabajo a favor de los propios. Al mismo tiempo, nos encontramos en el final de un ciclo de hegemonía. Como en los anteriores, las potencias centrales exacerban su nacionalismo (euroescepticismo, pruebas nucleares, proteccionismo) porque sus clases dirigentes utilizan el Estado como herramienta en la lucha por la hegemonía de la misma forma que antes utili-

El futuro inmediato parece claro: en los países del Norte tal vez vaya a haber algunos estados nuevos (Québec, Cataluña, Escocia).

zaron la globalización en defensa de sus propios intereses de clase (no de nación). Pero como, precisamente, la hegemonía está en discusión, hay un mayor margen de maniobra para las reivindicaciones secesionistas o irredentistas ya que se supone que "nadie manda".

La situación en la antigua Unión Soviética refleja estos factores y también el colapso del imperio ruso que, a pesar de los intentos de rusificación, reforzó las identidades nacionales de forma que, cuando el poder central entró en crisis, cualquiera de los dirigentes locales o quiso ser independiente porque se sentía con fuerza y legitimación para ello o quería ser independiente antes de ser anexado por el vecino.

La mezcla de ese colapso, la fase económica y el momento del ciclo de hegemonía ya tendría que ser suficiente para la explosión nacionalista. Pero es que, además, viene agudizada por un hecho de origen tecnológico: en la sociedad post-industrial el tamaño ya no es tan importante para la consolidación de una, como suele denominarse, economía nacional. Si, además, el grupo humano pertenece a un bloque comercial como la Unión Europea (UE) o el North American Free Trade Agreement (NAFTA), puede tener satisfechas sus necesidades de acceso a los mercados e incluso de defensa sin necesidad de pertenecer al Estado al que ha pertenecido con anterioridad. Eso parecen pensar las élites catalanas, escocesas o quebequenses.

Y aquí entra, finalmente, la globalización. En el sentido de existencia de un único sistema interestatal, la globalización y sus efectos homogeneizadores produce reacciones defensivas a favor de la propia identidad que, al fin y al cabo, es una necesidad humana básica. En el sentido de globalización financiera, produce reacciones, sobre todo en los estados intermedios, a favor de la regulación financiera y, finalmente, a favor del proteccionismo aunque se siga predicando el libre comercio para los países de la periferia. El nacionalismo, en este sentido, es la legitimación de la defensa del llamado mercado nacional.

El futuro de los nacionalismos

El futuro inmediato parece claro: en los países del Norte tal vez vaya a haber algunos estados nuevos (Québec, Cataluña, Escocia). En todo caso, la tendencia parece ir a favor de los estados proteccionistas, es decir, que practican el nacionalismo estatal. En el Sur, en cambio, parece que la fragmentación va a ser la tónica: luchas internas entre las diferentes naciones con las que se compuso el estado y que llevarán, muchas veces con violencia, a la secesión y al irredentismo. Explosión, pues, del nacionalismo sub-estatal. Entre unos y otros, no es de descartar una nueva forma de nacionalismo (supra-estatal, comercial), practicado por entidades como la Unión Europea, que legitime el libre comercio interior y el proteccionismo hacia el exterior y que reproduzca en su estructura el Norte y Sur del mundo globalizado.

¿Hasta cuándo seguiremos así? Tal vez hasta que la onda económica mundial remonte y se resuelvan las rivalidades entre superpotencias apareciendo una nueva hegemonía. En el caso de las ondas Kondratieff se discute si existen y, en ese caso, si van a continuar indefinidamente o hemos llegado a un final. Si la historia

se repite (y que no sea en tragedia), los excesos del nacionalismo llevarán a su rechazo y, en ese sentido, la presente explosión de los mismos estaría tocando a su fin por entrada en una fase A y/o por resolución de la actual rivalidad entre superpotencias a favor de alguna de ellas o de alguna otra. Si las dos cosas se producen a la vez, el rechazo al nacionalismo será evidente: disminuirá su incidencia aunque no desaparecerá.

Pero también es posible que el sistema que comenzó en Europa y se extendió al mundo entero no pueda ya resolver sus contradicciones mediante una ulterior expansión y entre en crisis terminal. Si el capitalismo desaparece, tal vez desaparezca con él el invento del nacionalismo que se produjo en su interior. Pero esa es otra historia.

Bibliografía

- Aguirre, M., 1995, *Los días del futuro. La sociedad internacional en la era de la globalización*, Barcelona, Icaria.
- Gellner, E., 1993, “Nationalism and the development of European societies”, en VV.AA., *The Future of the Nation State in Europe*, J. Iivonen ed., Aldershot, Edward Elgar, pp. 19-30.
- , 1995, “Introduction”, en VV.AA., *Notions of Nationalism*, S. Perival ed., Budapest, Londres y Nueva York, Central European University Press, pp. 1-7.
- Greenfeld, L. and Chirot, D., 1994, “Nationalism and Aggression”, *Theory and Society*, XXIII, 1: pp. 79-130.
- Hobsbawm, E., 1990, *Nations and Nationalism since 1780*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Smith, A.D., 1995, *Nations and Nationalism in a Global Era*, Cambridge, Polity Press.
- Tilly, Ch., 1994, “States and Nationalism in Europe 1492-1992”, *Theory and Society*, XXIII, 1: pp. 131-146.
- Tortosa, J.M., 1996, “Mundialización, estados nacionales y nacionalismos” en VV.AA., *El Estado post-liberal*, J.F. Tezanos ed., Madrid, Sistema.
- , 1996, *El patio de mi casa*, Barcelona, Icaria.
- Wallerstein, I., 1995, *After Liberalism*, Nueva York, The New Press.
- , 1996, *El futuro de la civilización capitalista*, Barcelona, Icaria.